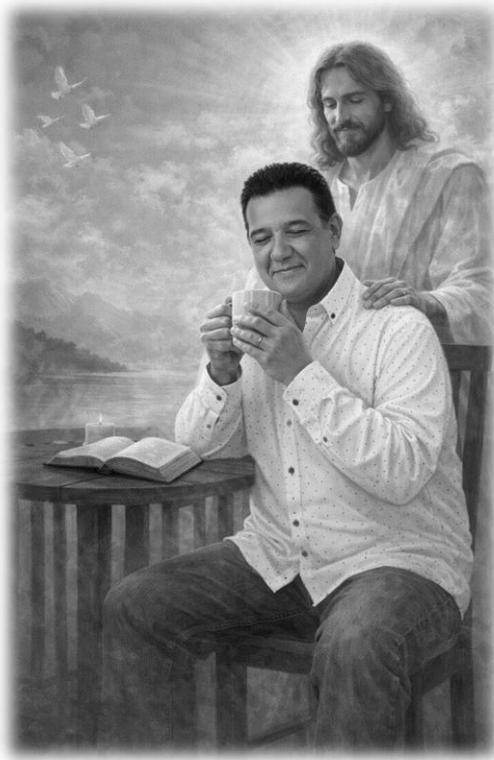


El día que tomé un café con el Señor



OSVALDO REBOLLEDA

El día que tomé un café con el Señor



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Capítulo uno: El día, el café y Su Presencia.....	5
Capítulo dos: Dile a Mi pueblo.....	11
Capítulo tres: Que les he dado Mi vida.....	15
Capítulo cuatro: Mi cuerpo.....	19
Capítulo cinco: Mi Sangre.....	26
Capítulo seis: El mente.....	32
Capítulo siete: Mi posición.....	37
Capítulo ocho: Mis capacidades.....	43
Capítulo nueve: Mis virtudes.....	49

Capítulo diez: Mi herencia	54
Capítulo once: Mi Reino	59
Capítulo doce: Mi eternidad	64
Capítulo trece: ¿Qué más quieren que les dé?	69
Capítulo catorce: Un café con mi Señor	79
Reconocimientos	83
Sobre el autor	85



Capítulo uno

El día, el café y Su Presencia

***“He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo; y en lo secreto
me has hecho comprender sabiduría.”***

Salmo 51:6 JBS

Hay momentos en la vida que no llegan anunciados. No vienen precedidos por trompetas ni por señales extraordinarias. Se infiltran en la rutina con la suavidad de lo cotidiano y, sin embargo, dejan una huella eterna. A veces, Dios no irrumpre con estruendo, sino con silencio. No nos interrumpe; nos detiene. Y en esa detención, nos habla.

Aquel día yo estaba lejos de casa, en uno de tantos viajes ministeriales que, con el tiempo, se parecen entre sí. Había sido invitado a predicar en la ciudad de Mercedes en la provincia de Buenos Aires y me alojaba en un hotel sencillo, correcto, de esos que cumplen su función sin pretensiones. Había pasado la tarde preparando el mensaje, orando, repasando mentalmente cada pasaje bíblico, cada énfasis pastoral. Me cambié con anticipación, como suelo

hacerlo, con la mente ya puesta en la iglesia, en la congregación que me esperaba, en las almas a las que debía servir con fidelidad.

Bajé al hall del hotel con paso decidido, convencido de que en cualquier momento me pasarían a buscar. Fue entonces cuando lo advertí: el reloj no coincidía con la hora acordada. Había bajado una hora antes. Una hora entera. Un error mínimo, casi insignificante, pero suficiente para alterar el ritmo previsto.

Durante unos segundos dudé. Podría haberme quedado allí abajo, mirando el teléfono, hojeando el diario local, dejando que el tiempo se consumiera sin sentido. Pero algo en mi interior me impulsó a regresar a la habitación. En la cafetería del hotel, había mucha gente, por lo tanto, no lo razoné demasiado. Simplemente subí de nuevo y, al entrar, pedí que me llevaran un café doble.

La habitación tenía un pequeño living, un espacio de descanso con un sillón cómodo, una mesa baja y una ventana por donde entraba una luz suave, de esas que no encandilan, pero envuelven. El hotel estaba en calma. No había ruidos, no había urgencias. Solo una hora inesperada suspendida en el aire.

Cuando trajeron el café, tomé la taza con ambas manos. El aroma era intenso, familiar, reconfortante. Me senté en el sillón y, casi sin pensarlo, sin medir las palabras ni la profundidad de lo que estaba por decir, pronuncié en voz

alta una frase que brotó espontánea, casi ingenua: Señor, ¿qué te parece si nos tomamos un café y hablamos un rato...?

No lo dije esperando una respuesta. No había misticismo en mi tono ni expectativa sobrenatural en mi corazón. Fue una expresión simple, humana, dicha en confianza, como quien habla con alguien cercano mientras intenta ordenar sus pensamientos. Mi intención era repasar mentalmente el mensaje que había preparado, afinar ideas, recordar textos, revisar el hilo de la predicación.

El silencio llenó la habitación. Un silencio denso, vivo, casi expectante. Pasaron unos pocos minutos. El café se enfriaba lentamente. Y entonces, sin aviso, sin dramatismo, sin voces audibles ni visiones extraordinarias, el Espíritu Santo habló a mi corazón con una claridad que todavía hoy me estremece.

No fue una impresión vaga. No fue una emoción pasajera. Fue una palabra precisa, ordenada, firme, como un decreto pronunciado con amor. Cómo sabiendo lo que estaba por predicar me dijo: “*Dile a mi pueblo que les he dado mi vida, mi cuerpo, mi sangre, mi mente, mi posición, mis capacidades, mis virtudes, mi herencia, mi Reino, mi eternidad... Pregúntales de mi parte: ¿qué más quieren que les dé?*”

Sentí como si el tiempo se hubiera detenido por completo. La habitación, el sillón, la taza de café, todo quedó en segundo plano. Mi corazón se llenó de una mezcla

imposible de describir: asombro, gratitud, quebranto, reverencia. No pude hablar. No quise hacerlo. Las palabras humanas resultaban pequeñas frente a la magnitud de lo que acababa de escuchar. Solo lloré en silencio porque Su presencia era tan palpable, tan amigable, tan llena de amor y a la vez tan sublime, que me hizo difícil ponerme en pie.

Comprendí, en un instante, que no estaba recibiendo solo una exhortación personal, sino una semilla destinada a muchos. Una palabra que no me pertenecía, pero que había sido confiada a mi corazón. El Señor no me estaba pidiendo que agregara algo a mi mensaje de esa noche; estaba reordenando mi comprensión completa de la actitud de la Iglesia y de la revelación del Nuevo Pacto.

Allí, en ese sillón, con una taza de café entre las manos, fui confrontado con una verdad tan simple como revolucionaria: en Cristo, Dios no nos dio cosas; se dio a Sí mismo. Y si Él se nos dio por completo, ¿qué sentido tiene vivir como si aún nos faltara algo esencial? Tal vez puedan estar pensando que eso es una verdad que todo ministro debe manejar y enseñar. Sin embargo, quienes han escuchado la voz del Señor, saben que todo cobra otra profundidad y otro sentido cuando Él habla.

Ese día entendí que gran parte de la vida cristiana se vive desde una percepción de carencia que no proviene del cielo. Oramos como mendigos espirituales cuando hemos sido hechos herederos. Pedimos como si estuviéramos fuera, cuando ya hemos sido introducidos en Él. Suplicamos por

aquello que, en el Nuevo Pacto, ya nos fue otorgado en plenitud. Es verdad que sabemos algunas cosas y que manejamos términos, pero vivir las dimensiones propuestas por el Nuevo Pacto, es otra cosa.

Han pasado varios años desde aquella tarde. He predicado en muchos lugares, he enseñado a muchas personas, he atravesado distintas estaciones ministeriales. Pero ese momento permanece intacto en mi interior. No como un recuerdo romántico, sino como un punto de inflexión. Desde entonces, ya no puedo leer la Biblia de la misma manera.

Ya no puedo leer el Antiguo Testamento sin pasar su sustancia por la cruz. Ya no puedo hablar del Nuevo Pacto solo como una propuesta de ir hacia la cruz, sino como la gran revelación de vivirlo desde la cruz, en el poder de la resurrección. Además, el Reino cobra sentido presente a través del Nuevo Pacto. Ya no puedo aceptar una fe marcada por la escasez cuando la cruz proclamó la plenitud y nos introdujo definitivamente en el Reino.

Este libro nace de ese café. De ese silencio. De esa pregunta que aún resuena con fuerza en mi espíritu. No es un tratado teológico frío ni una recopilación de conceptos abstractos. Es una invitación pastoral a revisar desde dónde estamos viviendo nuestra fe. A dejar de pedir lo que ya nos fue dado. A reposar en Cristo con madurez, gratitud y confianza.

Porque, al final, la pregunta sigue en pie, sigue atravesando mi corazón, sigue atravesando al pueblo cada vez que puedo enseñar, sigue expresándose en púlpitos, en redes, en mis audios, en mis videos, en mis libros. Sigue interrogando a nuestra generación consumista y egocéntrica:
“¿Qué más quieren que les dé?”

Y quizás, solo quizás, la respuesta correcta no sea pedir algo nuevo, sino aprender a vivir plenamente desde todo lo que ya recibimos en Él...

Les invito a un gesto sencillo: preparen un café, dejen que su fragancia los envuelva por completo. Lean con calma cada página de este libro entrañado, y permitan que sus pensamientos se aquieten. Abran el corazón al Espíritu Santo y atiendan su voz. Escuchen el clamor de un Dios amoroso, colmado de gracia y verdad, un Señor que se nos entrega por completo y nos llama a mirarlo con transparencia y a vivirlo con pasión.

“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...”

Hechos 17:28



Capítulo dos

Dile a Mi pueblo

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos posteriores días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...”

Hebreos 1:1 al 3

Hay palabras que no nacen de la urgencia del momento, sino del peso silencioso del corazón de Dios. “Dile a mi pueblo” no es una frase pronunciada con dureza ni una orden desprovista de afecto; es el eco persistente de un Padre que desea ser escuchado. Es el susurro de alguien que ha hablado muchas veces y, aun así, está dispuesto a volver a hacerlo.

Desde el principio, Dios se reveló como un Dios que habla. No creó al hombre para gobernarlo desde la distancia, sino para relacionarse con él desde la cercanía. La voz divina fue siempre una expresión de comunión. En el huerto, antes

del pecado, la conversación era natural; no había esfuerzo, ni miedo, ni ruido que interrumpiera el diálogo. Hablar con Dios era parte de la vida.

Con el paso del tiempo, algo cambió. No fue Dios quien se volvió silencioso, fue el hombre quien se volvió distraído. La atención se fragmentó, el corazón se llenó de otros sonidos, y la voz que antes era central comenzó a quedar relegada. Aun así, Dios no dejó de hablar. Volvió a llamar, volvió a explicar, volvió a insistir. “Dile a mi pueblo” se convirtió en una expresión repetida a lo largo de la historia, cargada de paciencia y de amor persistente.

Dios no habla porque necesite imponer Su autoridad, sino porque desea ser entendido. Él sabe que muchas decisiones equivocadas no nacen de la rebeldía, sino del desenfoque. Por eso se toma el tiempo de advertir, de enseñar, de corregir con ternura. Habla porque ama. Habla porque ve lo que Su pueblo no siempre alcanza a percibir: el rumbo que se está tomando y lo que se está perdiendo en el camino.

Hay un dolor profundo, aunque sereno, en este llamado. No es el enojo del juez ofendido, sino la tristeza del Padre que observa a Sus hijos caminar hacia pérdidas innecesarias. No porque Él no haya hablado, sino porque Su voz fue desplazada por otras más ruidosas, más inmediatas, más atractivas. El desenfoque espiritual rara vez es abrupto; casi siempre es progresivo. Comienza cuando se deja de escuchar con atención y se empieza a oír solo aquello que

confirma deseos propios. Aun así, Dios no se retira. No se ofende al punto de callar. Vuelve a hablar. Vuelve a decir: “Dile a mi pueblo...”.

Hay algo profundamente conmovedor en la forma en que Dios se explica. Él no se limita a dar órdenes, sino que revela razones. No solo marca límites, sino que muestra consecuencias. No exige obediencia ciega, sino comprensión transformadora. Sabe que entender Su corazón produce cambios más duraderos que obedecer por temor. Por eso repite, ilustra, advierte y espera. La paciencia de Dios no es indiferencia; es misericordia activa.

Muchas veces se ha dicho que Dios ya no habla, que guarda silencio frente a Su pueblo. Sin embargo, la realidad es otra: Dios sigue hablando, pero hemos cambiado la sintonía. El ruido constante, la prisa espiritual, el activismo sin intimidad y las prioridades invertidas han ido apagando la sensibilidad del corazón. No es que la voz de Dios se haya debilitado, es que hemos dejado de detenernos para escucharla.

Cuando Dios habla, no lo hace para condenar, sino para alinear. Su voz no busca exponer para avergonzar, sino corregir para restaurar. Cada advertencia es una señal de que aún hay tiempo. Cada llamado es una muestra de que todavía hay oportunidad. Dios no insiste porque sea duro, sino porque no quiere perder a ninguno en el camino.

Este libro nace de una conversación íntima, sencilla, casi cotidiana. Pero este capítulo deja en claro algo esencial: lo que Dios desea con uno, lo desea con todos. Él no busca encuentros aislados, sino un pueblo que vuelva a escuchar. Un pueblo que recupere la quietud necesaria para distinguir Su voz entre tantas otras.

“Dile a mi pueblo” no es una frase del pasado. Es un llamado vigente. Es la expresión de un Dios que todavía espera ser atendido, que todavía cree en la capacidad de Su pueblo de volver a enfocarse, y que sigue dispuesto a sentarse, una vez más, a hablar. Porque el silencio nunca estuvo en Dios. El desafío siempre fue aprender a escuchar.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias...”

Apocalipsis 2:7



Capítulo tres

Que les he dado Mi vida

“Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.”

Marcos 10:45 (NVI)

Hay una de las declaraciones más contundentes y, a la vez, más descuidadas por la Iglesia contemporánea: **“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”** (Juan 10:10). Esta frase, tan repetida como poco comprendida, no fue una promesa futura ni una posibilidad condicionada al esfuerzo humano. Fue una afirmación definitiva de Cristo acerca de lo que Él venía a otorgar como realidad consumada.

La vida que Jesús ofrece no es simplemente la prolongación de la existencia biológica, ni una mejora moral del antiguo hombre. La vida que Él da es Su propia vida. No se trata de algo añadido desde fuera, sino de una impartición desde dentro. El Nuevo Pacto no comienza con el intento del

hombre por agradar a Dios, sino con el acto soberano de Dios impariendo vida a un hombre que estaba muerto en sus delitos y pecados. Tal como afirma el apóstol Pablo, “*aun estando nosotros muertos... nos dio vida juntamente con Cristo*” (*Efesios 2:5*).

Aquí se produce una de las mayores revoluciones espirituales del evangelio: el creyente no vive para alcanzar vida, vive porque ya la recibió. La vida eterna no comienza después de la muerte física; comienza en el nuevo nacimiento. Jesús lo dejó claro cuando dijo: “*El que oye mi palabra y cree... tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida*” (*Juan 5:24*). El verbo está en tiempo presente. No es expectativa, es posesión.

Sin embargo, gran parte del pueblo de Dios sigue orando como si aún estuviera buscando lo que ya le fue concedido. Se ora pidiendo vida, avivamiento, fuego, cuando en realidad lo que se necesita no es recibir más vida, sino permitir que la vida recibida gobierne. Cristo no vino a visitarnos ocasionalmente; vino a habitar en nosotros. “*Cristo en vosotros, esperanza de gloria*” (*Colosenses 1:27*) no es una metáfora poética, es una realidad espiritual.

La vida abundante de la que habla Jesús no se mide por circunstancias favorables, sino por una fuente interna inagotable. Es una vida que permanece aun en medio de la aflicción, que descansa aun en medio del conflicto, que ama aun cuando no es correspondida. Por eso el apóstol Juan

puede afirmar sin titubeos: “***El que tiene al Hijo, tiene la vida***” (**1 Juan 5:12**). No dice “tendrá”, dice “tiene”.

Aquí es donde muchas distorsiones se han infiltrado en la enseñanza cristiana. Se ha reducido la vida cristiana a un constante pedido de fuerzas, ánimo o renovación, como si la vida espiritual se agotara con facilidad. Esta mentalidad genera creyentes dependientes de estímulos externos, reuniones intensas o experiencias emocionales, en lugar de discípulos que viven desde una comunió n estable con la vida de Cristo en su interior.

Vivir desde la vida que ya nos fue dada transforma radicalmente la oración. Ya no oramos desde la carencia, sino desde la comunió n. Ya no oramos para que Dios venga, sino porque Él ya está. La fe deja de ser un esfuerzo por convencer a Dios y se convierte en una respuesta confiada a lo que Él ya hizo. El servicio deja de ser una carga y pasa a ser una expresión natural de la vida que fluye.

El apóstol Pablo lo expresa con una claridad desarmante cuando declara: “***Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí***” (**Gálatas 2:20**). Esta no es una frase devocional, es una definición de identidad. El creyente no intenta imitar a Cristo desde afuera; Cristo vive Su vida a través del creyente.

El llamado pastoral es claro y necesario: dejemos de vivir como mendigos espirituales cuando hemos sido hechos participantes de la vida divina. Dejemos de pedir lo que ya

recibimos y aprendamos a descansar en la plenitud del Nuevo Pacto. La madurez espiritual no se manifiesta en cuántas cosas pedimos, sino en cuán profundamente reposamos en lo que Cristo ya nos dio.

Vivir desde Su vida es vivir sin miedo al futuro, sin esclavitud al pasado y sin ansiedad por el presente. Es caminar con la certeza de que en Él vivimos, nos movemos y somos y que no buscamos vida: vivimos desde ella.

“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”

Juan 1:4



Capítulo cuatro

Mi cuerpo

“Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.”

1 Corintios 11:24

Uno de los mayores escándalos del evangelio no fue solo que Dios se hiciera hombre, sino que habitara entre los hombres, muriendo y resucitando para habitar todos los días, hasta el fin del mundo, en cuerpos humanos, limitados y débiles. La encarnación no fue un recurso temporal ni una estrategia simbólica; fue una declaración eterna del valor que Dios le otorga a la materia redimida. ***“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”*** (Juan 1:14).

Los Evangelios dejan en claro que Dios se hizo carne en Jesús, informan de las necesidades humanas de Jesús, incluyendo el sueño (**Lucas 8:23**), la comida (**Mateo 4:2; 21:18**), y la protección física (**Juan 10:39**). Otros indicadores de Su humanidad incluyen el sudor (**Lucas 22:43 y 44**) y el sangrado (**Juan 19:34**). Jesús también expresó Sus emociones tales como el gozo (**Juan 15:11**), la tristeza (**Mateo 26:37**) y la ira (**Marcos 3:5**). Durante Su vida, Jesús

se refirió a sí mismo como un hombre (**Juan 8:40**), y después de Su resurrección aún se reconoció Su humanidad (**Hechos 2:22**).

Sin embargo, el propósito de la Encarnación no era probar la comida o sentir dolor. El Hijo de Dios fue hecho carne para ser el Salvador de la humanidad. Primero, era necesario nacer bajo la ley (**Gálatas 4:4**). Todos nosotros hemos fracasado en el cumplimiento de la Ley de Dios. Cristo vino en la carne, bajo la Ley, para cumplir la Ley a favor nuestro (**Gálatas 4:5**).

En segundo lugar, era necesario que el Salvador derramara Su sangre para el perdón de los pecados (**Hebreos 9:22**). Por supuesto, un sacrificio de sangre requiere un cuerpo de carne y hueso. Y este era el plan de Dios para la Encarnación: **“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; más me preparaste cuerpo”** (**Hebreos 10:5**). Sin la Encarnación, Cristo no podría morir realmente, y la cruz no tendría ningún sentido.

Ahora bien, Su cuerpo también fue su sufrimiento. Es importante notar que Su pasión, fue real. No es que simplemente pareció sufrir; verdaderamente sufrió y murió. Cuando Jesús oró en Getsemaní, **“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”** (**Mateo 26:39**), estuvo en auténtica angustia por lo que iba a sufrir (**Lucas 22:44**). Cuando fue golpeado y burlado, cuando la corona de espinas fue presionada en su cabeza, cuando fue clavado en la cruz, cuando colgaba ahí y luchaba por respirar, estaba

experimentando un sufrimiento genuino y agonizante para pagar por nuestros pecados. Soportó todo eso para salvar a aquellos que depositan su confianza en Él.

El profeta Isaías en su famoso capítulo 53 predijo la pasión de Cristo y reveló su significado, mencionando que Él llevó nuestras enfermedades, que cargó con nuestros dolores. Que fue herido de Dios y afligido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades, que el castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él, y que por Sus heridas fuimos nosotros sanados. El profeta dice que fue oprimido y afligido, pero no abrió Su boca. Su pasión, Su dolor y Su muerte fueron únicos y commovedores.

En el uso moderno, la palabra pasión puede tener el sentido de emoción fuerte e incluso se asocia con el amor. Pero Jesús no sufrió debido a una fuerte emoción que se encendió por un tiempo y luego pasó. Las personas hoy pueden tener arrebatos de pasión y hacer cosas precipitadas que luego lamentan, pero eso no es la pasión de Cristo. Jesús vino a la tierra con el propósito de entregar su vida por nosotros, y nunca se desvió de ello (**Mateo 16:21-23 y 21:24**). De hecho, en el libro de Apocalipsis, Jesús es descrito como el Cordero que fue sacrificado desde la creación del mundo (**Apocalipsis 13:8**).

Dios hizo una obra maravillosa al enviar a su Hijo unigénito al mundo y brindarnos una salvación que no merecíamos. Gloria al Señor por ese momento en el que el Verbo se hizo carne y habitó entre los seres humanos. Sin

embargo, luego de su entrega, su sufrimiento y su muerte, hubo una gloriosa resurrección. Entonces se impartió a la Iglesia a través de Su Santo Espíritu, lo cual la constituyó como Su propio cuerpo en la tierra.

“Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él.”

1 Corintios 12:27

El Nuevo Pacto no comienza con un escape del cuerpo, sino con su inclusión en la obra redentora. Jesús no vino a salvar “almas” dejando cuerpos descartables, vino a redimir al ser humano completo. Por eso el Hijo de Dios no apareció como espíritu, sino que nació, creció, sintió cansancio, hambre, dolor, y finalmente entregó Su cuerpo en la cruz. La salvación no fue abstracta; fue corporal.

Aquí se revela una verdad profunda y muchas veces ignorada: nuestro cuerpo ya no nos pertenece. ***“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo... y que no sois vuestros?” (1 Corintios 6:19)***. Bajo el Nuevo Pacto, el cuerpo del creyente deja de ser un simple envase biológico y se convierte en morada divina. No es un espacio neutral, es un lugar santo.

Esta revelación transforma por completo la manera en que entendemos la sanidad, el cuidado personal y la dignidad del cuerpo. La sanidad no es un acto aislado de poder, es una expresión del Reino invadiendo la fragilidad humana. Jesús sanaba porque el Reino había llegado, y donde el Reino se

manifiesta, la vida gobierna sobre la muerte. “*El Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros*” (**Romanos 8:11**). El mismo Espíritu que venció la tumba habita hoy en cuerpos de barro.

Sin embargo, la Iglesia muchas veces ha vivido entre dos extremos dañinos: por un lado, una espiritualidad que desprecia el cuerpo como si fuera un enemigo; por otro, una obsesión con lo físico desligada de la vida espiritual. Ambos errores nacen de no comprender que el cuerpo ya fue incluido en la redención porque contiene Su presencia. Es cierto que es un cuerpo de muerte y que al final recibiremos uno incorruptible, por lo tanto no se trata de idolatrarlo, pero tampoco de despreciarlo. Debemos reconocerlo como un instrumento de Dios.

Nuestro cuerpo es el medio a través del cual la vida de Cristo se expresa en la tierra. Es con el cuerpo que servimos, abrazamos, caminamos, hablamos, oramos y amamos. Por eso Pablo exhorta: “*Presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios*” (**Romanos 12:1**). No pide que presentemos emociones, ideas o intenciones, sino cuerpos vivos. La vida cristiana no se vive en lo etéreo, se vive en lo cotidiano.

Muchas distorsiones han llevado a creyentes a orar como si Dios estuviera lejos de su realidad física. Se ora pidiendo fuerzas cuando el Espíritu ya habita dentro. Se ora pidiendo sanidad sin discernir que la vida del Reino ya fue sembrada. Esto no niega la lucha, el desgaste ni el dolor, pero

cambia la perspectiva desde la cual se enfrentan. No luchamos para ser habitados; luchamos porque ya somos habitados y en la comunión manifestamos Su cuerpo.

Cuando entendemos que nuestro cuerpo es templo, la fe deja de ser algo meramente doctrinal y se vuelve encarnada. La forma en que dormimos, comemos, trabajamos, descansamos y nos cuidamos se convierte en una expresión espiritual. El Reino no se manifiesta solo en el culto, sino también en el cuidado responsable del cuerpo que Dios decidió habitar.

El llamado pastoral es claro y necesario: dejemos de tratar nuestro cuerpo como algo secundario o descartable. No lo usemos como excusa para la carnalidad ni lo despreciamos bajo una falsa espiritualidad. Honremos el cuerpo como casa de Dios, como instrumento del Reino y como herencia redimida. Vivir desde el Nuevo Pacto es reconocer que Cristo no solo vive en nosotros, sino que vive a través de nosotros.

El cuerpo no es el problema; el problema es no saber quién habita en él. Cuando esta verdad se asienta en el corazón, dejamos de pedir desde la inseguridad y comenzamos a vivir desde la pertenencia. Ya no somos huéspedes de Dios; somos Su morada.

“Hablando la verdad en amor, crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo, de quien todo el cuerpo, estando bien ajustado y unido por la cohesión que las coyunturas proveen, conforme al

funcionamiento adecuado de cada miembro, produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor.”

Efesios 4:15 y 16



Capítulo cinco

Mi Sangre

“Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.”

Colosenses 1:13 y 14

Hay verdades del evangelio que, por ser tan sagradas, corren el riesgo de ser tratadas con ligereza. Una de ellas es la Sangre de Cristo. No como símbolo litúrgico ni como recurso poético, sino como realidad espiritual viva, eficaz y eterna. La sangre de Jesús no fue derramada para commover emociones, sino para establecer un pacto irrevocable entre Dios y el hombre.

Desde el principio de las Escrituras, la sangre estuvo asociada a la vida. **“La vida de la carne en la sangre está”** (**Levítico 17:11**). Por eso, cada sacrificio del antiguo pacto recordaba una verdad dolorosa: el pecado produce muerte, y la vida debía ser entregada para cubrir la culpa. Sin embargo, esos sacrificios nunca fueron suficientes. Eran sombra, anticipo, anuncio de algo mayor. La sangre de animales podía

cubrir temporalmente, pero no podía limpiar la conciencia ni transformar el corazón.

Cuando Jesús derramó Su Sangre, no estaba inaugurando una nueva religión, estaba cerrando definitivamente el antiguo sistema. ***“Esta es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”*** (**Mateo 26:28**). No se trata de una mejora del pacto anterior, sino de uno completamente nuevo, establecido sobre mejores promesas y una obra perfecta.

Aquí se produce una de las liberaciones más profundas del creyente: el perdón deja de ser una súplica constante y se convierte en una realidad establecida. ***“Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”*** (**Hebreos 10:14**). La Sangre de Cristo no necesita ser aplicada repetidamente; fue aplicada una vez y para siempre. No vivimos pidiendo perdón como si cada falla nos devolviera al punto de partida. Vivimos desde el perdón que ya nos fue concedido.

Sin embargo, una de las distorsiones más comunes en la Iglesia es la culpa crónica. Creyentes redimidos que siguen orando como si aún estuvieran acusados. Personas lavadas por la Sangre que continúan relacionándose con Dios desde el temor, la vergüenza o la auto-condenación. Esto no es humildad espiritual; es desconocimiento del alcance de la cruz. ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”*** (**Romanos 8:1**). Ninguna significa ninguna.

La Sangre de Cristo no solo perdona, también abre acceso. Donde antes había distancia, ahora hay cercanía. Donde había velo, ahora hay camino abierto. “**Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo**” (**Hebreos 10:19**). El creyente ya no se acerca a Dios como un siervo temeroso, sino como un hijo con derecho de acceso. No entramos por mérito, entramos por Sangre.

Esta verdad transforma radicalmente la manera en que oramos. Ya no rogamos desde abajo esperando ser aceptados; nos acercamos espiritualmente con confianza porque ya fuimos aceptados. La oración deja de ser un intento por ablandar el corazón de Dios y se convierte en una comunión con un Padre que ya nos abrió la puerta. La fe madura no grita para ser oída; descansa porque sabe que ya fue escuchada.

“Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.”

1 Pedro 1:18 y19

La sangre también establece pertenencia. “**Habéis sido comprados por precio**” (**1 Corintios 6:20**). No somos independientes espirituales, ni dueños de nosotros mismos. Pertenecemos a Cristo porque fuimos redimidos con Su vida. Esto no produce esclavitud, produce libertad. La libertad de

saber que nuestra vida ya no está sujeta al juicio, al pasado ni a la acusación.

Muchos creyentes siguen pidiendo lo que la Sangre ya aseguró: perdón, limpieza, acceso, aceptación. Esta forma de orar revela una desconexión entre la obra consumada y la experiencia cotidiana. No se trata de negar el pecado ni de trivializar la gracia, sino de vivir desde una conciencia limpia. **“Cuánto más la sangre de Cristo limpiará vuestras conciencias...”** (**Hebreos 9:14**). Dios no quiere hijos perdonados que sigan viviendo como culpables.

El llamado pastoral es claro: dejemos de vivir bajo la sombra de lo que ya fue cancelado. Honremos la Sangre de Cristo no repitiendo pedidos innecesarios, sino viviendo con gratitud, seguridad y reverencia. La Sangre no nos invita a la liviandad, nos invita al reposo. No al descuido, sino a la confianza.

Cuando esta verdad se asienta en el corazón, el creyente deja de esconderse y comienza a caminar con libertad. Ya no vive intentando pagar una deuda que fue saldada, sino administrando una gracia que fue derramada. La sangre habló, el pacto fue sellado, el acceso fue abierto. ¿Qué más podríamos pedir, cuando ya fuimos aceptados para siempre?

La Sangre derramada por Cristo, declara también la victoria sobre Satanás. El diablo pensó que el pecado separaría a toda la humanidad de Dios por siempre, pero en

Cristo hay perdón y redención. El diablo es un enemigo derrotado, sabe que tiene los días contados, porque la sangre que Jesús declara la vida eterna que hay en Dios, vida que va mucho más allá de lo físico.

Charles Spurgeon conocía bien esta verdad y pronunció estas reconfortantes palabras:

“Sé lo que el diablo te dirá. Te dirá: ¡Eres un pecador! Dile que sabes que lo eres, pero que a pesar de ello estás justificado. Él te hablará de la grandeza de tu pecado. Hábllale de la grandeza de la justicia de Cristo. Él te hablará de todos tus contratiempos y tus recaídas, de tus ofensas y tus extravíos. Dile, y dile a tu propia conciencia, que sabes todo eso, pero que Jesucristo vino a salvar a los pecadores, y que, aunque tu pecado sea grande, Cristo es muy capaz de borrarlo todo...”

La Sangre de Cristo no solo redime a los creyentes del pecado y el castigo eterno, sino que Su Sangre nos purifica continuamente y es la fe en quien la derramó, nuestra garantía de justicia y comunión sostenida con el Padre. Esto significa que no solo somos ahora libres de ofrecer sacrificios, los cuales son “inútiles” para obtener la salvación, sino que somos libres de depender de las obras inútiles e improductivas de la carne para complacer a Dios. Porque la Sangre de Cristo nos ha redimido, ahora somos nuevas criaturas en Cristo (**2 Corintios 5:17**), y por Su Sangre somos liberados del pecado para servir al Dios vivo, para glorificarle, y para gozar de El por una eternidad.

Es muy triste que el mismo Señor tenga que recordarnos el derramamiento de Su Sangre, para que dejemos de enfocarnos tanto en cosas vanas. Hay demasiados hijos de Dios afanados por sus quehaceres, hay demasiados afectados por sus aflicciones, y pocos son, los que cada día pueden valorar, agradecer y honrar debidamente al Cristo que derramó Su Sangre en el Calvario.

Como entenderán, cuando el Señor me habló estas palabras, no había nada que alguna vez no hubiera predicado. Incluso he escrito libros sobre la Sangre. Sin embargo, escucharlo a Él conmovió las fibras más íntimas de mi ser. Ruego que puedan comprenderme y meditar, si en realidad estamos siendo lo suficientemente agradecidos con Su valioso sacrificio.

“Que el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Hebreos 13:20 y 21



Capítulo seis

Mi mente

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor?... Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”

1 Corintios 2:16

Uno de los territorios más disputados en la vida del creyente no es el corazón, ni siquiera la conducta, sino la mente. Allí se libran batallas silenciosas que definen la manera en que interpretamos a Dios, a nosotros mismos y a la realidad que nos rodea. El Nuevo Pacto no ignora esta dimensión; por el contrario, la confronta y la redime.

Esta declaración de Pablo, no es una meta futura ni una consigna motivacional; es una afirmación espiritual. En Cristo, el creyente no recibe simplemente nuevas ideas, recibe una nueva capacidad de pensar. La mente de Cristo no es un esfuerzo por imitar Su razonamiento, sino una participación en Su forma de ver. El Espíritu Santo no viene solo a consolarnos, viene a enseñarnos a pensar conforme al Reino de Dios.

Sin embargo, aquí surge una tensión que muchos no logran resolver. Si ya tenemos la mente de Cristo, ¿por qué

seguimos luchando con pensamientos de temor, duda, carnalidad o incredulidad? La respuesta no está en la carencia, sino en la administración. La mente fue renovada en su fuente, pero necesita ser entrenada en su funcionamiento. ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”*** (**Romanos 12:2**). La renovación no es un evento instantáneo, es un proceso consciente.

El error frecuente ha sido confundir la renovación de la mente con la acumulación de información bíblica. Saber versículos no garantiza pensar como Cristo. Se puede conocer doctrina correcta y seguir interpretando la vida desde el temor o la autosuficiencia. La mente de Cristo no opera desde la lógica del mundo, sino desde la revelación del Padre. Jesús no reaccionaba; discernía. No vivía impulsado por emociones; caminaba guiado por el Espíritu.

Muchas distorsiones en la Iglesia nacen de una mente no renovada. Se ora desde la ansiedad, se cree desde la inseguridad, se sirve desde la comparación. Se interpreta la disciplina como rechazo, el silencio de Dios como abandono, y la prueba como castigo. Estas lecturas erradas no provienen de la falta de fe, sino de una mente que aún no ha sido sometida al gobierno de Cristo.

La mente renovada no niega la realidad, pero la interpreta desde la verdad. No niega el dolor, pero no se define por él. No ignora las circunstancias, pero no se somete a ellas. ***“Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia”***

a Cristo” (2 Corintios 10:5), no es un acto de represión mental, sino de alineación espiritual. Es permitir que el pensamiento sea filtrado por la verdad del Nuevo Pacto.

Cuando la mente comienza a operar desde Cristo, la fe deja de ser una lucha interna y se convierte en una certeza tranquila. La oración ya no es una negociación, sino una conversación. El discernimiento se afina, y el creyente aprende a distinguir entre la voz del Espíritu y el ruido del alma. **“El hombre espiritual juzga todas las cosas” (1 Corintios 2:15)**, no desde arrogancia, sino desde claridad.

El Reino de Dios no se manifiesta plenamente en una mente dominada por el temor o la confusión. Por eso Jesús dijo: **“Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4:17)**. Arrepentimiento no es solo dejar el pecado; es cambiar la manera de pensar. Es abandonar los viejos paradigmas y permitir que la verdad gobierne nuestra vida.

El llamado pastoral es claro y urgente: dejemos de justificar pensamientos que Cristo ya vino a reemplazar. No alimentemos ideas que contradicen la obra consumada. No vivamos atrapados en razonamientos que nacen de la carne o del sistema de este mundo. La mente es un campo de gobierno, y Cristo ya estableció Su autoridad.

Vivir desde la mente de Cristo no significa vivir sin preguntas, sino vivir con respuestas correctas. Significa aprender a vernos como Dios nos ve, a leer la vida desde la

cruz y a interpretar el futuro desde la esperanza. Cuando la mente se rinde al Espíritu, el alma encuentra reposo y la vida comienza a alinearse con el Reino.

Es lamentable que, teniendo el privilegio de acceder a la mente del Señor e incluso a los deseos de Su corazón (**1 Corintios 2:10 al 12**), muchos cristianos se conformen únicamente con asistir a reuniones, participar en discipulados y presentar peticiones de oración orientadas a alcanzar sus propios deseos.

Tener la mente de Cristo significa comprender el plan de Dios para el mundo: traer gloria a sí mismo, restaurar la creación a su esplendor original y ofrecer salvación a los pecadores. Implica identificarnos con el propósito de Cristo de buscar y salvar lo que se había perdido (**Lucas 19:10**). Significa compartir la perspectiva de Jesús en cuanto a la humildad y la obediencia (**Filipenses 2:5 al 8**), la compasión (**Mateo 9:36**) y la dependencia de Dios expresada en la oración (**Lucas 5:16**).

La mente de Cristo contrasta con la sabiduría humana: es la sabiduría de Dios, antes oculta y ahora revelada por Su Espíritu. No puede ser comprendida por el mero intelecto, sino recibida espiritualmente. Opera bajo discernimiento espiritual, no bajo razonamientos terrenales.

El Espíritu Santo habita en nosotros e ilumina nuestra vida, llenándonos con la sabiduría que proviene de la mente de Cristo. Como hijos de Dios, tenemos la responsabilidad de

rendirnos a Su guía (**Efesios 4:30**) y permitir que transforme y renueve nuestra manera de pensar (**Romanos 12:1 y 2**).

Al reflexionar sobre las palabras del Señor, respecto de que nos ha dado Su mente, surge en mi imaginación, una pregunta desafiante de Su parte: ¿Por qué siguen pensando con tanta limitación, si les he dado Mi mente para pensar conforme al cielo y no conforme a la tierra? ¿Por qué se aferran a visiones tan pequeñas, cuando les he dado Mi mente para conocer las cosas otorgadas por el Padre? Ante esto, las palabras del apóstol Pablo son más vigentes que nunca:

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido...”

1 Corintios 2:9 al 12



Capítulo siete

Mi posición

“Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.”

Efesios 2:6

Uno de los engaños más persistentes en la vida cristiana es confundir humildad con una identidad disminuida. Muchos creyentes sinceros aman a Dios, pero se relacionan con Él desde una posición incorrecta, como si todavía estuvieran lejos, como si aún no hubieran sido plenamente aceptados. Sin embargo, el Nuevo Pacto no solo cambia lo que hacemos, cambia desde dónde vivimos.

Esta afirmación desafía toda lógica natural. No dice que algún día seremos sentados, ni que debemos esforzarnos para alcanzar esa posición. Dice que ya fuimos sentados. La posición precede a la conducta. Antes de hacer, somos. Antes de servir, pertenecemos. Antes de obedecer, fuimos aceptados. Esta es una de las verdades más liberadoras y, a la vez, más resistidas por la mente religiosa.

La justicia bajo el Nuevo Pacto no es una recompensa por buen comportamiento; es un regalo impartido por gracia. ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”*** (2 Corintios 5:21). No dice que intentamos ser justos, ni que estamos en proceso de serlo. Dice que fuimos hechos justicia. Esta justicia no es propia, es una posición legal y espiritual en Cristo.

Desde esta posición, la relación con Dios cambia radicalmente. Ya no vivimos intentando agradarlo para ser aceptados; vivimos agradándolo porque ya lo somos. La obediencia deja de ser un medio para obtener favor y se convierte en una respuesta natural al amor recibido. Cuando la Iglesia pierde esta revelación, reemplaza la gracia por esfuerzo y la identidad por desempeño.

La regeneración es una de las verdades más profundas de esta nueva posición. ***“siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”*** (1 Pedro 1:23). Los cristianos no somos simples empleados del Reino ni invitados de ocasión; somos hijos con derechos. No vivimos en la periferia de la casa, vivimos en el cuerpo de Cristo y Él habita en nosotros por Su Espíritu, en plena comunión espiritual con el Padre.

Muchas distorsiones espirituales nacen de no discernir esta verdad. Se ora como huérfanos, se sirve como esclavos, se vive con miedo a fallar. Se confunde reverencia con

distancia y santidad con rigidez. Pero el Nuevo Pacto no produce hijos temerosos, produce hijos seguros. “*El amor perfecto echa fuera el temor*” (**1 Juan 4:18**).

Nuestra posición en Cristo también redefine nuestra relación con la autoridad espiritual. No caminamos desde la inferioridad, sino desde la delegación. No desde la arrogancia, sino desde la representación. Somos embajadores, no mendigos. “*Como si Dios rogase por medio de nosotros*” (**2 Corintios 5:20**). Esto no exalta al hombre, exalta la obra de Cristo.

Cuando esta verdad se asienta en el corazón, la fe madura. El creyente deja de compararse, deja de competir, deja de buscar validación. Ya no necesita demostrar quién es, porque sabe de dónde viene. La identidad afirmada produce descanso, y el descanso produce fruto.

El llamado pastoral es claro: dejemos de vivir por debajo de la posición que Cristo nos otorgó. No confundamos humildad con inseguridad espiritual. No neguemos la obra de la cruz viviendo como si aún estuviéramos en juicio. La justicia no nos hizo independientes de Dios; nos hizo cercanos. La regeneración no nos volvió livianos; nos volvió responsables.

Vivir desde nuestra posición en Cristo es vivir con dignidad espiritual. Es caminar sabiendo que somos hijos amados, coherederos, aceptados, enviados. No luchamos para subir; vivimos desde donde ya fuimos colocados. Y

desde allí, el Reino se manifiesta con autoridad, gracia y verdad.

Es lamentable que muchos hijos de Dios piensen y actúen como el hermano mayor del hijo pródigo. Son dueños y herederos, pero se comportan como simples asalariados. Trabajan y se esfuerzan, pero nunca llegan a comprender lo que han recibido por la gracia. No entienden lo que significa vivir en Cristo, movernos en Él y ser en Él.

Nosotros no hacemos obras para llegar a ser santos: somos santos en Cristo, y por ello realizamos obras de santidad, fruto de la naturaleza que habitamos. No hacemos cosas para alcanzar la eternidad: somos eternos en Él, y por eso no trabajamos para salvarnos, sino que cuidamos lo que por gracia hemos recibido.

No somos reyes por tener linaje propio ni por ganar alguna contienda electoral. Somos reyes porque Él es Rey, y en Él recibimos Su posición. De la misma manera, no somos sacerdotes por haber estudiado en un seminario, sino porque Él es nuestro Sumo Sacerdote y nosotros somos en Él.

No somos justos por portarnos bien o hacer obras de justicia. Él es el Justo, y vivir en Él nos otorga Su justificación. Nosotros no hicimos un pacto con el Padre: el Nuevo Pacto es entre el Padre y el Hijo. Nosotros tenemos pacto porque fuimos posicionados en el Hijo, y punto. La fe no es para generar privilegios, sino para vivir los privilegios otorgados por la gracia en Cristo.

No somos herederos porque lo merezcamos, sino porque vivimos en el Heredero, y todo lo suyo es nuestro. No somos benditos porque un pastor nos impartió una bendición, sino porque vivimos en el Bendito, y como las bendiciones lo persiguen a Él, también nos alcanzan a nosotros.

No somos dignos: Él lo es, y por eso recibimos gracia. No podemos agradar al Padre por nuestras obras. Él es Su deleite, y nosotros lo deleitamos en Él. Tampoco podemos ser apóstoles, evangelistas, profetas, pastores y maestros por mérito propio. Él es todas esas funciones; nosotros solo recibimos la gracia de ser canales para que Él las ejerza. Estos dones de ascensión no son fruto de voluntarismo dedicado, sino de la gracia en Cristo.

Entendamos esto: Él es el único que salva, sana, libera y hace milagros. Nosotros solo accedemos a ser canales de esa gracia por nuestro posicionamiento en Él. Es una pena que, habiendo recibido todo por gracia, tantos hermanos se afanen en obtener beneficios personales y ministeriales.

Tal vez por eso el Señor me dijo: “*Dile a mi pueblo...*” Puede que estemos viviendo bajo el engaño de la justicia propia, del voluntarismo religioso, del ego entronizado, del pragmatismo institucional. No sé... creo que necesitamos detenernos y preguntarnos si en verdad estamos caminando hacia la plenitud que Cristo nos propone en Él, o si estamos tratando de generar lo que ya hemos recibido. Tal vez por eso, hay tantos hermanos carentes de verdadero gozo espiritual.

“Sometió todas las cosas bajo los pies de Cristo, y a Cristo mismo lo dio a la iglesia como cabeza de todo. Pues la iglesia es el cuerpo de Cristo, de quien ella recibe su plenitud, ya que Cristo es quien lleva todas las cosas a su plenitud.”

Efesios 1:22 y 23



Capítulo ocho

Mis capacidades

“Cada uno de ustedes ha recibido de Dios alguna capacidad especial. Úsela bien en el servicio a los demás.”

1 Pedro 4:10 TLA

Una de las ideas más arraigadas, y a la vez más dañinas, en la vida cristiana es la creencia de que Dios solo usa a los que se sienten capaces. Esta lógica, aunque parece razonable desde lo humano, es completamente ajena al corazón del Nuevo Pacto. Dios no capacita a partir de la confianza del hombre en sí mismo, sino a partir de la gracia que fluye de Cristo. Las capacidades espirituales no nacen del talento natural ni del desarrollo personal; nacen de la vida de Cristo operando en nosotros.

Desde el momento en que el creyente es unido a Cristo, no solo recibe perdón y nueva identidad, sino también una impartición de gracia para funcionar dentro del Cuerpo. El Espíritu Santo no habita al creyente como un observador pasivo, sino como un agente activo del Reino. *“Pero a cada uno le es dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo”* (Efesios 4:7). Esta gracia no es decorativa; es

operativa. No está pensada para ser admirada, sino para ser ejercida.

El Nuevo Pacto nos enseña que Dios no espera que el creyente produzca desde la carencia, sino que administre desde la provisión. Por eso, las capacidades espirituales no deben ser vistas como un peso ni como una exigencia, sino como una expresión natural de la vida que ya habita en nosotros. El error aparece cuando intentamos servir desde el esfuerzo del alma en lugar de hacerlo desde la gracia del Espíritu. Allí el servicio se vuelve pesado, agotador y frustrante.

Pablo lo comprendió con claridad cuando afirmó: “*No que seamos competentes por nosotros mismos... sino que nuestra competencia proviene de Dios*” (**2 Corintios 3:5**). Esta declaración libera al creyente de dos extremos igualmente dañinos: la autosuficiencia y la inutilidad. No somos suficientes por nosotros mismos, pero tampoco somos incapaces. Somos vasos de una gracia que nos supera.

Una de las distorsiones más frecuentes en la Iglesia es confundir capacidad con espiritualidad. Se admira al que habla bien, al que lidera, al que se destaca públicamente, y se invisibiliza a aquellos cuya función es silenciosa. Sin embargo, el Reino no se edifica sobre protagonismos, sino sobre fidelidad. “*Pero ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él quiso*” (**1 Corintios 12:18**). No como el hombre eligió, sino como Dios dispuso.

Cuando esta verdad se pierde, aparecen la comparación, la competencia y la frustración. Creyentes que se sienten menos porque no hacen lo que otros hacen, y creyentes que se sienten más porque hacen lo que otros no hacen. Ambas posturas nacen de una identidad mal afirmada. En el Nuevo Pacto, el valor no está en la función, sino en la pertenencia. Las capacidades no nos definen; nos expresan.

“Pues, ¿quién te da privilegios sobre los demás? ¿Y qué tienes que Dios no te haya dado? Y si él te lo ha dado, ¿por qué presumes, como si lo hubieras conseguido por ti mismo?”

1 Corintios 4:7 DHH

Las capacidades espirituales no fueron dadas para exaltarnos, sino para edificar. “Para provecho”, dice la Escritura. Provecho del Cuerpo, no del ego. Cuando los dones se ejercen desde la inseguridad, se buscan aplausos; cuando se ejercen desde la plenitud, se busca edificación. El creyente que vive desde la plenitud no necesita mostrarse, porque sabe quién es.

Otra distorsión frecuente es pensar que las capacidades espirituales están reservadas para una élite. El Nuevo Pacto rompe definitivamente con esa idea. Todos los hijos participan, todos los miembros aportan, todos los creyentes tienen una medida de gracia. No todos hacen lo mismo, pero ninguno es innecesario. El Cuerpo no funciona por acumulación de dones en pocos, sino por activación de la gracia en muchos.

Servir desde las capacidades dadas por Dios transforma radicalmente la experiencia cristiana. El servicio deja de ser una obligación religiosa y se convierte en una expresión de vida. Ya no servimos para sentirnos útiles, servimos porque la vida de Cristo fluye. Ya no servimos para ganar aprobación, servimos desde la aceptación. Esto libera al creyente del agotamiento crónico y lo introduce en el gozo del Reino.

También es necesario decir que las capacidades espirituales crecen en el ejercicio, no en la pasividad. La gracia no anula la responsabilidad; la habilita. Lo que Dios deposita, espera que sea administrado. Pero esta administración no nace de la presión, sino de la obediencia amorosa. Cuando el creyente se mueve desde la fe, el Espíritu confirma, afirma y multiplica.

El llamado pastoral aquí es claro y sanador: dejemos de subestimar lo que Dios nos confió y dejemos de sobrecargarlo con expectativas humanas. No enterremos los talentos por miedo ni los explotemos por ambición. Caminemos en la medida de gracia que nos fue dada, con humildad, fidelidad y dependencia del Espíritu.

Muchos creyentes no necesitan nuevas capacidades; necesitan reconocer las que ya poseen. No necesitan más unción; necesitan más obediencia sencilla. No necesitan una plataforma mayor; necesitan una comunión más profunda. Cuando Cristo gobierna el interior, las capacidades encuentran su cauce correcto.

Vivir desde las capacidades del Nuevo Pacto es vivir con libertad. Libertad para servir sin compararse. Libertad para obedecer sin miedo. Libertad para fallar sin condenarse y para crecer sin orgullo. Es entender que Dios no busca obreros brillantes, sino hijos disponibles.

Las capacidades no son una prueba de espiritualidad, son una evidencia de gracia. Y cuando el creyente vive desde esta verdad, el Reino se manifiesta con sencillez, poder y autenticidad. No porque el hombre sea grande, sino porque Cristo vive en él.

Es lamentable que muchos hermanos no se reconozcan en la persona de Cristo. Ciertamente lo admiran y estudian sus hechos, pero no creen que Él siga obrando a través de nuestras vidas. Por eso tantos buscan constantemente a sus líderes espirituales, se vuelven dependientes, convencidos de que un “ungido” puede hacer lo que ellos no. Como si no fueran ungidos por el mismo Espíritu.

Entiendo que hay llamados especiales y capacidades otorgadas de manera distinta a cada uno, pero eso no debería ser motivo para que algunos líderes se impongan, mostrándose como “súper ungidos”, en lugar de vivir en humildad y enseñar a los hermanos a descubrir y activar sus propias capacidades.

Hay líderes que se sienten cómodos en esa posición de superioridad, pero no fuimos llamados para eso. Dios no nos asignó la tarea de someter a nuestros hermanos, sino de

servirlos con humildad. La verdadera labor de todo ministro es ayudar a cada hermano a reconocer sus capacidades y acompañarlo en el camino hacia su propósito en Cristo.

Si cada creyente descubriera las capacidades recibidas en la persona de Cristo, la Iglesia manifestaría en todo tiempo y lugar un potencial extraordinario. Demasiados se comportan como simples creyentes, olvidando que los demonios también creen. Lo que el Señor necesita es que todos vivamos en Él y, por medio de Su Espíritu, manifestemos Su poder para que el mundo crea.

“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.”

Marcos 16:17 al 20



Capítulo nueve

Mis virtudes

“Más el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.”

Gálatas 5:22 y 23

Uno de los mayores malentendidos en la vida cristiana ha sido reducir el carácter a un esfuerzo moral y las virtudes recibidas por naturaleza, a una lista de conductas que deben ser imitadas. Bajo esta lógica, los hijos de Dios intentan “portarse mejor” para parecerse a Cristo, sin comprender que el Nuevo Pacto no se basa en imitación externa, sino en impartición interna. Las virtudes del Reino no son un ideal inalcanzable; son el fruto natural de una vida que ya fue injertada en Cristo.

Jesús no vino a mostrarnos cómo vivir; vino a vivir Su vida en nosotros. Esta diferencia es fundamental. El fruto del Espíritu no es el resultado de una disciplina rígida ni de una fuerza de voluntad espiritualizada, sino de una vida conectada a la fuente correcta. Cuando Pablo enumera el fruto del Espíritu, no dice “los frutos del creyente”, sino “el fruto del Espíritu”. El origen define la naturaleza.

El problema surge cuando intentamos producir fruto sin permanecer en la vid. Jesús fue claro y directo: **“Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5)**. No dijo “poco”, dijo “nada”. El carácter de Cristo no se construye por acumulación de buenas intenciones, sino por comunión continua. Donde hay vida, hay fruto. Donde no hay fruto, no falta esfuerzo; falta vida.

El fruto es el resultado de lo que somos en Cristo, no de lo que hacemos para Cristo. Siempre dijo cuando enseñó que un perro no es perro porque ladra, sino porque su naturaleza lo hace ladrar. Un limonero produce limones, no porque hace un discipulado, sino porque su naturaleza le hace dar fruto.

Jesús nos enseñó que un árbol malo, no puede producir frutos buenos, porque su naturaleza no se lo permite, y que un árbol bueno, no puede producir frutos malos, porque su naturaleza se lo impide (**Mateo 7:17 y 18**). Nosotros hemos recibido la vida de Cristo para que Su naturaleza fluya en nosotros y a través de nosotros. No producimos fruto porque vamos al culto, producimos frutos porque Su vida permanece en nosotros.

Muchas comunidades cristianas han puesto el énfasis en la corrección conductual sin atender la raíz espiritual. Se exhorta a amar más, a ser más pacientes, más mansos, más fieles, pero se descuida el llamado a permanecer en Cristo. Esto produce creyentes frustrados, que conocen el estándar

pero no experimentan la transformación. El Nuevo Pacto no exige virtudes; las produce.

Las virtudes del Reino no nacen de la presión, nacen del reposo. No florecen en la culpa, sino en la gracia. Cuando el creyente vive bajo la conciencia permanente de aceptación, el carácter comienza a alinearse con la identidad. No es casual que Pablo relacione el fruto del Espíritu con la libertad: “*Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*” (**2 Corintios 3:17**). La verdadera transformación ocurre cuando dejamos de defendernos y permitimos que el Espíritu Santo gobierne.

El amor, que encabeza el fruto, no es una emoción fluctuante ni una decisión forzada; es la naturaleza misma de Dios fluyendo a través del creyente. “*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*” (**Romanos 5:5**). No se trata de generar amor, sino de permitir que el amor ya derramado gobierne nuestras reacciones, palabras y actitudes.

Cuando alguien predica **1 Corintios 13** para hablar sobre el amor, no debería demandar jamás que la gente lo produzca, porque ese amor es Cristo. Si les decimos a los hermanos que deben amar así, porque el amor todo lo puede, todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta, no se envanece, no se irrita, no causa dolor, y no les decimos que eso no es algo que Dios espera de nosotros, sino algo que Dios nos otorga en la persona de Cristo, todos terminarán frustrados por la evidente incapacidad de amar así.

Lo mismo sucede con el gozo y la paz. No son respuestas a circunstancias favorables, sino expresiones de una vida alineada con el Reino. El gozo del Señor no depende de lo que sucede afuera, sino de quién gobierna adentro. La paz no es ausencia de conflicto, es presencia de Cristo reinando en el interior. Por eso Pablo puede exhortar: “***Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones***” (**Colosenses 3:15**). Gobernar implica autoridad, no fragilidad.

Las virtudes del Nuevo Pacto no nos aíslan del mundo; nos capacitan para vivir en él sin ser deformados por él. La paciencia se manifiesta en la espera confiada, la mansedumbre en la fuerza bajo control, la templanza en el dominio interior. Estas virtudes no se activan cuando todo está bien, sino cuando somos confrontados, probados y desafiados. Allí se revela si estamos viviendo desde el alma o desde el Espíritu del Señor.

Una de las distorsiones más dañinas ha sido confundir santidad con rigidez. El carácter de Cristo no es áspero ni distante; es firme y lleno de gracia. Jesús fue el hombre más Santo que caminó la tierra, y al mismo tiempo el más accesible. La santidad del Nuevo Pacto no nos separa de las personas, nos separa del pecado sin perder el amor. “***La gracia de Dios... nos enseña a vivir sobria, justa y piadosamente***” (**Tito 2:11 y 12**). La gracia enseña, no la ley.

El llamado pastoral aquí es profundo y necesario: dejemos de intentar producir carácter desde la carne y aprendamos a permitir que Cristo forme Su carácter en

nosotros. No nos autoexaminemos desde la condenación, sino desde la rendición. El fruto no aparece porque lo observamos obsesivamente, aparece porque permanecemos en la Vid Verdadera.

Cuando esta verdad se asienta, la vida cristiana deja de ser una lucha constante por “ser mejores” y se convierte en un caminar consciente con Aquel que ya vive en nosotros. El carácter se va alineando, las reacciones se transforman, la mirada se suaviza, el corazón se ensancha. No por esfuerzo, sino por comunión.

Las virtudes no son una carga pesada que debemos llevar; son la evidencia silenciosa de una vida gobernada por el Espíritu. No son un requisito para ser aceptados; son el resultado de haber sido aceptados. Y cuando el creyente vive desde esta plenitud, el mundo no solo escucha el mensaje del Reino: lo ve manifestado en una vida verdaderamente transformada.

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?”

Mateo 7:16



Capítulo diez

Mi herencia

“Por eso Cristo es mediador de un nuevo pacto, para que los llamados reciban la herencia eterna prometida, ahora que él ha muerto para liberarlos de las transgresiones cometidas bajo el primer pacto.”

Hebreos 9:15

Hablar de herencia es hablar de identidad, de pertenencia y de destino. Nadie hereda por esfuerzo ni por mérito; se hereda por comunión. Esta verdad, tan simple y tan poderosa, es una de las más ignoradas en la experiencia cotidiana de muchos creyentes. Bajo el Nuevo Pacto, la herencia no es una promesa distante reservada para el final de los tiempos, sino una realidad espiritual que comienza a manifestarse desde el momento en que somos unidos a Cristo.

La Escritura declara con claridad: “*Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo*” (**Romanos 8:17**). Esta afirmación rompe con toda mentalidad de escasez espiritual. No somos herederos de migajas, ni beneficiarios secundarios del Reino; somos

coherederos. Compartimos herencia con el Hijo, no porque seamos iguales a Él, sino porque fuimos injertados en Él.

La herencia del creyente no comienza con cosas; comienza con una Persona. Cristo mismo es nuestra herencia. Todo lo que el Padre le dio al Hijo nos es dado en Él. Por eso Pablo puede afirmar sin reservas: “***Bendito sea el Dios... que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo***” (Efesios 1:3). No con algunas bendiciones, no con bendiciones futuras, sino con toda bendición espiritual.

Aquí es donde muchas distorsiones han empobrecido la experiencia cristiana. Se ha enseñado a los creyentes a vivir esperando herencias que ya fueron otorgadas. Se ora pidiendo promesas como si aún no estuvieran selladas. Se vive como si el acceso fuera limitado, como si Dios dosificara Su gracia según el comportamiento humano. Pero el Nuevo Pacto no funciona por mérito progresivo, sino por obra consumada.

La herencia incluye promesas, pero no como cheques firmados con fechas futuras, sino como garantías espirituales activas en el presente. “***Porque todas las promesas de Dios son en Él sí, y en Él amén***” (2 Corintios 1:20). En Cristo, las promesas no están en suspenso; están afirmadas. El desafío no es convencer a Dios de cumplirlas, sino aprender a caminar en fe desde lo que ya fue asegurado.

Nuestra herencia también redefine la manera en que enfrentamos la vida. El que sabe que es heredero no vive con miedo a perderlo todo. Puede atravesar pruebas sin desesperación, pérdidas sin amargura, procesos sin resentimiento. Sabe que su herencia no depende de las circunstancias, porque está guardada en Dios. ***“Una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos”*** (1 Pedro 1:4). No se oxida, no caduca, no se agota.

Sin embargo, muchos creyentes viven como si fueran inquilinos espirituales, temerosos de incomodar, inseguros de su lugar en la casa del Padre. Esta mentalidad genera una fe tímida, una oración frágil y un servicio condicionado. Pero el Espíritu Santo fue dado precisamente para recordarnos nuestra condición de hijos y herederos. ***“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”*** (Romanos 8:16).

La herencia del Reino no es solo futura; es presente en su manifestación espiritual. Ya heredamos perdón, justicia, vida, acceso, autoridad y comunión. Ya heredamos una nueva identidad y un nuevo propósito. Lo eterno ya comenzó a irrumpir en lo temporal. El creyente no vive esperando comenzar a vivir; ya comenzó a vivir desde la eternidad.

Una de las mayores pérdidas en la Iglesia ha sido separar herencia de responsabilidad. Algunos han usado la herencia como excusa para la pasividad, y otros la han negado por miedo al abuso. Pero la herencia del Nuevo Pacto

no produce ni arrogancia ni apatía; produce mayordomía. El heredero maduro no presume, administra. No exige, honra. No derrocha, cuida.

Nuestra herencia también incluye un legado. No heredamos solo para disfrutar, heredamos para transmitir. La fe no se guarda como un tesoro escondido; se comparte como una llama viva. Pablo lo entendía cuando decía que había recibido gracia para anunciar las inescrutables riquezas de Cristo. La herencia se multiplica cuando es compartida.

El llamado pastoral es claro y urgente: dejemos de vivir como pobres espirituales cuando fuimos hechos ricos en Cristo. No desde una riqueza superficial o materialista, sino desde una riqueza de identidad, esperanza y propósito. Dejemos de orar como huérfanos y aprendamos a descansar como hijos. No porque lo merezcamos, sino porque nos fue otorgado por la gracia.

Cuando esta verdad se asienta en el corazón, el creyente deja de medir su vida por lo que tiene y comienza a vivir desde lo que es. La herencia no lo vuelve liviano; lo vuelve estable. No lo desconecta de la tierra; lo ancla en el cielo. Vive sabiendo que su historia no termina aquí, y que lo mejor no depende del mundo, sino del Reino.

La herencia ya fue entregada. El testamento fue abierto en la cruz. El sello fue puesto por el Espíritu. Solo queda aprender a vivir desde ella. No debemos trabajar para obtenerla, debemos trabajar porque la hemos recibido.

“Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre pueblo santo.”

Efesios 1:18



Capítulo once

Mi Reino

“No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino.”

Lucas 12:32

Una de las declaraciones más revolucionarias de Jesús fue también una de las más incomprendidas: **“El Reino de Dios se ha acercado”** (**Marcos 1:15**). No estaba anunciando un sistema religioso nuevo ni una mejora moral de la sociedad; estaba declarando que el gobierno de Dios había irrumpido en la historia a través de Su propia persona. El Reino no es un lugar al que se llega después de morir, es una realidad que se manifiesta donde Cristo reina.

Bajo el Nuevo Pacto, el creyente no es solo un beneficiario del Reino; es un participante activo de su gobierno. Jesús no vino únicamente a salvar individuos, vino a formar un pueblo que viviera bajo una nueva autoridad. Por eso enseñó a orar: **“Venga tu Reino”** (**Mateo 6:10**), no como una súplica desesperada, sino como una alineación consciente con lo que ya había comenzado.

El Reino de Dios no se impone por fuerza ni se sostiene por estructuras humanas. ***“El Reino de Dios no viene con advertencia... porque el Reino de Dios está entre vosotros”*** (**Lucas 17:20 y 21**). Está presente donde la vida de Cristo gobierna el corazón. Antes de manifestarse hacia afuera, el Reino debe establecerse dentro. No se trata de dominar espacios, sino de permitir que Cristo gobierne áreas.

Aquí es donde muchas distorsiones han debilitado a la Iglesia. Se ha confundido Reino con activismo, autoridad con control, gobierno con imposición. Pero el Reino que Jesús anunció no avanza por presión, avanza por transformación. No se impone desde arriba; se manifiesta desde adentro. ***“Porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”*** (**Romanos 14:17**).

La autoridad espiritual bajo el Nuevo Pacto no nace del cargo, nace de la comunión. Jesús ejercía autoridad no porque levantaba la voz, sino porque vivía bajo el gobierno del Padre. ***“El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”*** (**Juan 5:19**). Esta es la esencia del gobierno del Reino: obediencia que produce autoridad, dependencia que libera poder.

Cuando un hijo de Dios entiende que el Reino ya le fue confiado, su manera de vivir cambia. Ya no reacciona desde el temor, sino desde la fe. Ya no se deja gobernar por las circunstancias, sino por la verdad. Ya no espera que Dios haga todo, ni intenta hacerlo todo solo. Aprende a colaborar con el cielo.

“El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan...”

Mateo 11:12

Cuando Jesús enseñó esto, no estaba diciendo que necesitamos determinación casi violenta para reinar en Cristo, esa es una mala enseñanza. Jesús se estaba refiriendo a los religiosos que tenían la llave y no dejaban entrar a nadie, que por su religiosidad impedían el gobierno de Dios sobre su pueblo. La violencia que ejercían contra el Rey que había llegado procuraba arrebatar Su legítima autoridad.

Así mismo hoy en día, la carne es violenta, el ego es violento contra el Reino, por eso Dios nos demanda mansedumbre y humildad, porque solo esa actitud ante Dios, permite la expresión de Su gobierno. Entonces sí, Su autoridad nos empodera y el poder de Su Reino puede manifestarse con libertad.

El gobierno del Reino se manifiesta primero en lo cotidiano. En la manera de hablar, de decidir, de perdonar, de resistir el mal. No es espectacular, pero es profundo. Donde el Reino gobierna, el pecado pierde dominio, el temor retrocede y la esperanza se afirma. ***“El pecado no se enseñoreará de vosotros” (Romanos 6:14)***. Esta es una declaración de gobierno, no solo de conducta. Algunos hablan de Reino y quieren gobernar territorios, pero lo primero que deben hacer es dejarse gobernar el corazón y las acciones, luego sí, podrán reclamar territorios si así el Señor lo determina.

Una de las mayores pérdidas en la predicación moderna ha sido reducir el Reino a una experiencia futura o a una metáfora espiritual. Pero Jesús habló del Reino como una realidad concreta, operante y visible. Habló de llaves, de autoridad, de delegación. ***“Os daré las llaves del Reino de los cielos”*** (**Mateo 16:19**). Las llaves no son símbolos decorativos; son instrumentos de acceso y gobierno.

Sin embargo, el Reino no se ejerce desde el ego, sino desde la cruz. El que no aprendió a morir al yo, no puede gobernar con Cristo. Por eso Jesús une Reino con negación personal: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”*** (**Lucas 9:23**). El Reino no es un escenario para exaltarnos; es un ámbito para reflejar al Rey.

Cuando esta verdad se pierde, se producen dos extremos: creyentes pasivos que esperan que Dios haga todo, y creyentes activistas que intentan hacerlo todo por Dios. Ambos están fuera del equilibrio del Reino. El gobierno espiritual se ejerce desde la dependencia, no desde la pasividad ni desde la autosuficiencia.

El Reino también redefine el propósito. Ya no vivimos solo para alcanzar metas personales, sino para manifestar el gobierno de Dios en la tierra. Nuestro trabajo, nuestras relaciones, nuestras decisiones se convierten en plataformas donde el Reino se expresa. No separamos lo espiritual de lo cotidiano; todo queda bajo el señorío de Cristo.

El llamado magisterial aquí es claro y desafiante: dejemos de vivir como súbditos temerosos cuando fuimos llamados a reinar con Cristo. No desde la arrogancia, sino desde la responsabilidad espiritual. No para dominar personas, sino para obedecer al Padre y resistir a las tinieblas. No para imponer ideas, sino para manifestar vida.

Vivir desde el Reino es vivir con propósito eterno en medio del tiempo. Es saber que no estamos a merced del sistema de este mundo, sino bajo el gobierno de un Rey justo y fiel. Es caminar con la certeza de que el Reino ya vino, sigue viniendo y un día se manifestará plenamente en la gloriosa venida del Señor.

El Reino no es algo que pedimos desesperadamente; es una realidad que aprendemos a administrar. Cristo ya reina. La pregunta no es si el Reino está disponible, sino si estamos dispuestos a vivir bajo Su gobierno.

“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Mateo 6:33



Capítulo doce

Mi eternidad

“Yo les doy vida eterna y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatarármelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar. El Padre y yo somos uno.”

Juan 10:28 al 30

Pocas palabras han sido tan mal comprendidas dentro de la fe cristiana como la palabra eternidad. Para muchos creyentes, la eternidad es apenas un destino futuro, un lugar al que se llegará después de la muerte, una especie de recompensa postergada para quienes perseveraron. Sin embargo, bajo el Nuevo Pacto, la eternidad no comienza cuando termina el tiempo; comienza cuando Cristo entra en la vida del hombre.

Jesús fue claro y preciso cuando definió la vida eterna: **“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”** (Juan 17:3). La eternidad no es solo duración infinita; es calidad de vida. Es comunión con Dios. Es participación en Su

naturaleza. El creyente no vive esperando empezar a vivir eternamente; vive desde la eternidad que ya le fue impartida.

Esta verdad cambia radicalmente la manera en que enfrentamos la vida y la muerte. La muerte física deja de ser una amenaza definitiva y se convierte en una transición. “*El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*” (**Juan 11:25**). Jesús no habló desde el consuelo emocional, habló desde una autoridad que vence la muerte desde adentro. La eternidad no nos espera; nos habita.

Sin embargo, muchas distorsiones han llevado a la Iglesia a vivir con una esperanza frágil, temerosa del futuro y excesivamente aferrada al presente. Se ha predicado el cielo como escape y la tierra como castigo, cuando en realidad el Reino nos enseña a vivir con los pies en la tierra y el corazón en la eternidad. El creyente no vive desconectado del mundo, vive conectado a una realidad superior que le da sentido a todo lo demás.

La seguridad eterna no es arrogancia espiritual; es confianza en la obra de Cristo. “*Estas cosas os he escrito... para que sepáis que tenéis vida eterna*” (**1 Juan 5:13**). Saber no es presumir; es descansar. El Nuevo Pacto no produce creyentes inseguros que temen perder su salvación ante cada error, sino hijos que confían en la fidelidad de Aquel que los llamó. “*El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará*” (**Filipenses 1:6**).

Cuando la eternidad es comprendida correctamente, el temor al juicio se disuelve en reverencia. Ya no vivimos bajo la amenaza de un castigo incierto, sino bajo la certeza de haber sido reconciliados. ***“El perfecto amor echa fuera el temor”*** (1 Juan 4:18). El temor al castigo pertenece al viejo pacto; la confianza filial pertenece al Nuevo.

La eternidad también redefine el valor de nuestras decisiones. Nada de lo que hacemos es trivial cuando se vive desde una perspectiva eterna. El amor, la fidelidad, la obediencia, el servicio silencioso, todo tiene peso eterno. ***“Mirad no las cosas que se ven, sino las que no se ven”*** (2 Corintios 4:18). El creyente aprende a invertir su vida en lo que no se desgasta.

Pero vivir desde la eternidad no significa desentenderse del presente. Al contrario, lo dignifica. El tiempo se vuelve mayordomía. Cada día es una oportunidad de manifestar lo eterno en lo temporal. El creyente no vive corriendo hacia el cielo, vive trayendo el cielo a su manera de vivir. Por eso Pablo afirma que nuestra ciudadanía está en los cielos, mientras caminamos en la tierra. No somos evadidos del mundo; somos enviados a él.

Una de las pérdidas más profundas en la enseñanza cristiana ha sido reducir la esperanza eterna a consuelo para el sufrimiento, en lugar de verla como ancla para la fe. La esperanza bíblica no es una ilusión optimista; es una expectativa segura. ***“Tenemos esta esperanza como ancla***

“del alma” (Hebreos 6:19). El ancla no evita las tormentas, pero impide que seamos arrastrados.

La eternidad también sana el miedo a perder. El que sabe que su vida está guardada en Dios puede soltar, puede dar, puede amar sin reservas. Ya no vive desde la autopreservación, sino desde la entrega. Jesús lo expresó con claridad: “***El que pierda su vida por causa de mí, la hallará***” (**Mateo 16:25**). La eternidad libera del apego enfermizo al yo.

El llamado pastoral aquí es profundo y necesario: dejemos de vivir como si esta vida fuera todo. No porque despreciamos lo presente, sino porque sabemos que no es lo último. Vivamos con una esperanza firme, serena, madura. No una esperanza evasiva, sino transformadora. La eternidad no nos desconecta del hoy; le da sentido.

Cuando esta verdad se asienta en el corazón, los hijos de Dios dejan de temer al mañana. Pueden enfrentar la enfermedad, la pérdida, el envejecimiento y aun la muerte con una paz que no nace de la negación, sino de la certeza. Sabemos en quién hemos creído. Sabemos a dónde pertenecemos. Sabemos que nuestra historia no termina en esta página.

La eternidad no es un lugar al que iremos; es una vida que ya comenzó y está operativa en nuestro corazón (**Eclesiastés 3:11**). Cristo es nuestra vida, y donde Él está, allí estaremos también. Vivir desde esta verdad no nos vuelve

pasivos; nos vuelve firmes. No nos vuelve fríos; nos vuelve esperanzados. No nos aparta del mundo; nos prepara para impactarlo con una esperanza que no avergüenza.

“Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.”

Romanos 6:23



Capítulo trece

¿Qué más quieren que les dé?

*“A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.”*

Salmos 73:25

Escuchar esta pregunta del Señor quebró mi perspectiva por completo. Como servidor de Cristo y de la Iglesia, siempre he procurado encontrar el mensaje correcto, un mensaje capaz de despertar en el pueblo una revelación precisa del Evangelio del Reino en el contexto del Nuevo Pacto. Aun así, comprendí que los comunicadores solemos ser influenciados por una tendencia lógica que nos conduce por el camino de la empatía. Es entonces cuando pretendemos contribuir con soluciones para los problemas que viven nuestros hermanos en la fe.

Ciertamente, esa no es nuestra asignación primaria. Hemos sido llamados a perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la

estatura de la plenitud de Cristo (**Efesios 4:12 y 13**). Esta es nuestra misión.

Cuando lideramos problemas, no lideramos propósito; y problemas siempre habrá en abundancia, suficientes como para distraernos y desgastarnos. Cuando Jesús fue de visita a la casa de Lázaro, María tomó casi medio litro de perfume en aceite, muy caro, hecho de nardo puro, y lo derramó sobre Jesús. *Entonces Judas dijo: “¿Por qué no se vendió ese perfume, que vale tanto como el salario de un año, y se dio el dinero a los pobres?”*. Pero Jesús respondió: *“No la molestes. Déjala; siempre tendrán a los pobres con ustedes, pero no siempre me tendrán a mí”* (Juan 12:3 al 8).

Ese es el enfoque correcto, y allí radica uno de los problemas de la Iglesia. No es que esté mal ayudar a los necesitados, sino que desviamos nuestra atención de Aquel que debe ser el centro de toda adoración. Ciertamente, es Él quien puede cambiarlo todo, pero ese no es nuestro problema. No debemos buscarlo por las soluciones que puede darnos, sino por quién es Él.

Las congregaciones están compuestas por personas, y todos tenemos alguna necesidad. En mayor o menor medida, todos estamos atravesando alguna dificultad; todos tenemos pedidos de oración y deseos expresados al Señor. Eso es lógico y está bien. El problema surge cuando perdemos de vista a Cristo, que es lo más importante que podemos tener en la vida.

La Biblia está llena de personajes que buscaron cosas: Noé buscó tierra firme, Abraham buscó un hijo, Jacob buscó la bendición, José buscó gobernar, los hebreos buscaron la tierra prometida. Pero nosotros no buscamos cosas ni buscamos resultados; nosotros debemos poner nuestros ojos y nuestro corazón solo en Alguien: “Jesucristo”.

Solo en Él podemos vivir la plenitud espiritual, y solo en Él tenemos acceso y comunión con nuestro Padre celestial. La búsqueda de cosas siempre nos dejará en falta, porque nada puede satisfacer nuestro ser por completo. Cuando alcancemos lo que creemos que necesitamos, surgirá otra cosa, y al final siempre estaremos insatisfechos. Solo Dios es el deleite que nos otorga plenitud. Ante esto, recuerdo una frase de Henry Scougal, citada por John Piper en uno de sus libros:

*“El valor y la excelencia de un alma
Se miden por el objeto de su amor”.*

Luego Piper comenta: en el contexto de esta frase, Scougal se refiere al alma humana; pero mientras meditaba en estas palabras se me ocurrió la siguiente pregunta: si esto es cierto en cuanto al hombre, ¿podrá ser verdad con respecto a Dios? ¿No será también el caso de que el valor y la excelencia de Dios se midan por el objeto de su amor? ¿De qué otra forma podemos evaluar la belleza de un corazón invisible sino por aquello que ama?

Alguien podría sugerir: “Por lo que piensa”. Sin embargo, el pensamiento claro y preciso solo es hermoso cuando se refiere a buenos sentimientos. El diablo mismo es bastante inteligente, pero ama todas las cosas malas. Entonces su pensamiento está al servicio del mal y su alma es inmunda.

Quizás otros sugieran que la belleza de un alma puede evaluarse por lo que desea. Sí, pero hay corazones tibios y corazones íntegros. No se puede juzgar el valor de un alma si detrás de todo lo que desea hacer existen intereses mezquinos o solo una férrea determinación. Para conocer la magnitud de un alma es necesario conocer sus pasiones. La verdadera dimensión de un alma se revela en sus deleites. Lo que manifiesta nuestra excelencia o nuestra vileza no es lo que deseamos con diligencia, sino lo que anhelamos con pasión.

*“El alma se mide por sus vuelos:
Algunos bajos, otros altos.
El corazón se conoce por sus deleites,
Y las satisfacciones nunca mienten.”*

Evidentemente, este es el concepto de amor al que Scougal se refiere cuando afirma que el valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor. Se refiere a los deleites y satisfacciones de los que disfrutamos según aquello que amamos. Dice, por ejemplo: “El amor de Dios es una sensación encantadora y afectuosa de la perfección divina que lleva al alma a renunciar y a entregarse en sacrificio a Dios, a desear por sobre todas las cosas agradarle, a deleitarse

más que nada en el compañerismo y en la comunión con Él, y a estar dispuesto a hacer o sufrir cualquier cosa por Su causa o Su placer”.

Por lo tanto, cuando el amor está bien enfocado, nada puede superar al deleite del alma. Los placeres más deslumbrantes, los deleites más puros y abundantes que la naturaleza humana puede experimentar son aquellos que provienen de la ternura de un sentimiento fructífero, colocado en el lugar correcto. Y cuando los placeres que brotan de un amor bien orientado son insuperables, allí se revela su excelencia, porque la excelencia de un alma se mide por el objeto de su amor.

Pregunto entonces: ¿acaso el objeto de nuestro amor es solamente el Señor, o será que nuestro corazón está dividido? Todos estos conceptos acudieron a mi mente ante la simple y profunda pregunta del Señor: “*¿Qué más quieren que les dé?*” Si Él se dio a Sí mismo y aun así no nos alcanza, ¿qué más podría otorgarnos plenitud de vida?

Hay muchas maneras de formular esta pregunta, aunque no siempre se exprese con palabras. Sin embargo, se revela con claridad en la forma en que muchos creyentes oran, esperan y viven: ¿qué más necesitamos recibir para finalmente sentirnos completos? Esta pregunta, aunque honesta, expone una tensión profunda entre la obra consumada de Cristo y la experiencia cotidiana del pueblo de Dios. No porque Cristo no haya dado lo suficiente, sino

porque muchas veces no hemos aprendido a vivir desde lo que ya nos fue otorgado en Él.

La cruz no fue un antícpo; fue una consumación. Cuando Jesús declaró: “**Consumado es**”, no estaba expresando alivio por el sufrimiento terminado, sino proclamando que la obra había sido completada en su totalidad. Nada quedó pendiente. Nada quedó reservado para más adelante. Nada quedó condicionado a un esfuerzo posterior del hombre. El problema no es la falta de provisión, sino la persistencia de una mentalidad de carencia.

A lo largo de este libro hemos recorrido distintas áreas de la vida que propone el Nuevo Pacto: el cuerpo, la sangre, la mente, la posición, las capacidades, las virtudes, la herencia, el Reino y la eternidad. Y en cada una de ellas se repite la misma verdad: en Cristo ya nos fue dado todo lo que concierne a la vida y a la piedad. No parcialmente. No progresivamente. No de manera simbólica. Si realmente tenemos la vida de Cristo, lo tenemos todo.

Entonces, ¿por qué seguimos pidiendo como si aún estuviéramos vacíos, como si todavía nos faltaran muchas cosas para ser felices? ¿Por qué seguimos viviendo como si algo esencial pudiera completarnos? ¿Por qué la fe, en lugar de reposar, muchas veces se agota? ¿No será que corremos detrás de engañosos espejismos presentados por el sistema?

La respuesta no está en la rebeldía, sino en el corazón humano. El hombre, incluso redimido, puede seguir

interpretando su relación con Dios desde el viejo paradigma del mérito, del esfuerzo y de la espera. En los pactos del Antiguo Testamento tal vez aprendimos a pedir; pero el Nuevo Pacto nos enseña a recibir y a vivir desde lo recibido. Mezclar los pactos sin revelación ha producido una profunda frustración espiritual en el pueblo de Dios.

Hemos aprendido a orar pidiendo más poder, más unción, más fuego, más presencia, más revelación, como si Dios se hubiera quedado corto en la obra de la cruz. No lo decimos de ese modo, pero muchas veces lo insinuamos. Y el cielo, con paciencia eterna, sigue respondiendo con la misma verdad: “*Hijo, todo lo mío es tuyo...*”

La pregunta “*¿qué más quieren que les dé?*” no nace del enojo de Dios, sino de Su asombro amoroso. Es la pregunta de un Padre que ya lo entregó todo y observa a Sus hijos vivir como si aún estuvieran esperando algo esencial. No es una pregunta de reproche; es una invitación a despertar. Ese es el objetivo de este libro. No fue escrito para relatar una experiencia personal, sino para transmitir el mensaje del Señor.

Quiero dejar en claro que el problema no es pedir; el problema es pedir desde un lugar equivocado. Cuando pedimos desde la carencia, revelamos que aún no confiamos plenamente en la obra consumada. Cuando pedimos desde la plenitud, nuestra oración cambia de tono: deja de ser reclamo y se vuelve comunión; deja de ser ansiedad y se transforma en gratitud; deja de ser ruido y se vuelve descanso.

Muchos creyentes no necesitan más revelación; necesitan digestión espiritual. No necesitan una nueva palabra, sino permitir que la Palabra ya recibida gobierne. No necesitan otro mover, sino aprender a caminar fielmente en lo que ya fue establecido. La madurez espiritual no se mide por cuántas cosas pedimos, sino por cuánto reposamos en Cristo.

Aquí es donde el diagnóstico apostólico se vuelve inevitable. El corazón humano, aun redimido, puede aferrarse a deseos que no nacen del Espíritu. Deseamos sentir, ver, experimentar, comprobar. Queremos seguridad emocional cuando Dios ya nos dio certeza espiritual. Queremos señales cuando ya se nos dio la cruz. Queremos evidencias visibles cuando se nos entregó una herencia invisible, pero eterna.

La diferencia entre deseo y plenitud es crucial. El deseo no es malo, pero cuando no es gobernado por la verdad, se convierte en insatisfacción crónica. La plenitud, en cambio, no apaga el anhelo, lo ordena. El creyente pleno sigue creciendo, pero ya no desde la ansiedad; crece desde la gratitud. Ya no corre detrás de Dios; camina con Él.

El Nuevo Pacto no nos llama a conformarnos; nos llama a descansar. No nos invita a la pasividad, sino a la confianza. No nos quita el propósito; nos libera de la autoexigencia. Vivir desde la plenitud no significa que todo será fácil; significa que ya no estamos solos, ni vacíos, ni desprovistos.

La Iglesia necesita volver a este lugar de reposo espiritual. No un reposo indiferente, sino un reposo lleno de fe. Un reposo que produce obediencia, fruto, perseverancia y amor genuino. Un reposo que ya no vive corriendo detrás de lo espiritual, sino manifestándolo en lo cotidiano.

El llamado final de este libro no es a hacer más, sino a creer mejor. No a esforzarse más, sino a confiar más profundamente. No a buscar algo nuevo, sino a honrar lo eterno. Cristo no vino a darnos cosas; vino a darse a Sí mismo. Y cuando Él se dio, no se reservó nada.

Por eso, la pregunta final no es retórica; es reveladora: “*¿Qué más quieren que les dé, si ya me di por completo?*” La invitación es clara y amorosa: soltemos la ansiedad, dejemos la queja, abandonemos la ambición y la mentalidad de escasez espiritual. Aprendamos a vivir como hijos, no como mendigos. Aprendamos a obrar con mentalidad de Reino, bien posicionados en el Nuevo Pacto. Aprendamos a orar desde la comunión y no desde la distancia. Aprendamos a caminar desde la plenitud y no desde la inconformidad.

La fe madura no vive esperando que Dios haga algo más; vive agradecida por lo que ya hizo. No vive esperando cosas, sino disfrutando a Alguien. Y desde ese lugar, el Espíritu sigue obrando, transformando, guiando y manifestando el Reino.

“Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arrraigados y cimentados en amor, seáis

plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”

Efesios 3:17 al 19



Capítulo catorce

Un café con mi Señor

*“Nunca fue solo un café.
Eso lo entendí después...”*

En aquel momento, la imagen parecía simple, casi cotidiana: una pequeña mesa, una taza humeante, el silencio compartido. Nada extraordinario a los ojos humanos. Pero con el tiempo comprendí que lo que el Señor estaba señalando no era una bebida ni un momento casual, sino una invitación profunda a detenerme, a sentarme con Él sin agendas, sin pedidos, sin urgencias espirituales que resolver.

Un café con el Señor no es una actividad devocional más. Es una postura del corazón.

Vivimos tiempos acelerados, incluso en nuestra vida espiritual. Oramos rápido, leemos rápido, servimos rápido, y muchas veces también escuchamos rápido. Queremos respuestas inmediatas, soluciones claras, direcciones precisas. Pero el Señor, en su amor paciente, sigue invitándonos a algo mucho más simple y, a la vez, mucho más profundo: “estar con Él”.

El café tiene algo particular. No se toma con prisa. Se disfruta despacio. Su aroma envuelve el ambiente antes de que llegue al paladar. Invita a sentarse, a conversar, a compartir silencios. No exige palabras constantes; permite la quietud. Y en esa quietud, muchas veces, se dicen las cosas más importantes. Así es también el encuentro íntimo con Dios.

Un café con el Señor es ese tiempo apartado donde no buscamos producir nada, ni demostrar nada, ni alcanzar nada. Es el espacio donde dejamos de correr detrás de lo espiritual y simplemente nos dejamos encontrar. Donde no llevamos listas de peticiones, sino un corazón disponible. Donde no hablamos todo el tiempo, sino que aprendemos a escuchar.

Allí, en ese lugar sencillo, el Señor trabaja con delicadeza. No grita, no empuja, no exige. Habla al corazón, acomoda prioridades, sana heridas que ni siquiera sabíamos que estaban abiertas. En ese tiempo, Él no solo nos dice cosas; se nos revela a Sí mismo. Y eso transforma más que cualquier respuesta.

Este libro nació de una experiencia personal, pero no fue escrito para contar esa experiencia como algo extraordinario, que además, me refleje como alguien sensible y especial, esa nunca fue la intención, porque no lo creo así. Fue escrito para provocar un anhelo. El anhelo de volver a la intimidad. El anhelo de vivir desde la plenitud del Nuevo Pacto. El anhelo de dejar de pedir lo que ya fue dado y comenzar a disfrutar a Aquel que se dio por completo.

Todos necesitamos nuestro “tiempo de café” con el Señor. No necesariamente con una taza en la mano, aunque puede ayudar, sino con una actitud interior de reposo, de apertura, de amor. Un tiempo donde el ruido se apaga, donde las expectativas se sueltan, donde el alma respira.

No es un tiempo para hacer más, sino para ser. No es un tiempo para impresionar a Dios, sino para dejarnos amar. No es un tiempo para acumular revelación, sino para permitir que la revelación nos transforme.

Quizás allí, en ese espacio silencioso y perfumado de gracia, el Señor vuelva a hacernos la misma pregunta que atravesó todo este libro: “*¿Qué más quieren que les dé?*” Y tal vez, por primera vez, entendamos que no hay nada más que pedir. Porque cuando Él está presente, cuando Él se sienta con nosotros, cuando su amor envuelve el momento... todo lo demás pierde importancia y urgencia.

Mi deseo es que, al cerrar este libro, no sientan que han terminado una lectura, sino que reciban una invitación. Una invitación personal, amorosa, cotidiana. Que busquen ese tiempo especial. Que lo cuiden. Que lo disfruten. Que se sienten con el Señor, café de por medio, y permitan que Él haga lo que solo Él sabe hacer en la intimidad: amar, sanar, afirmar y revelar Sus diseños.

Porque al final, la vida cristiana no se trata de cuánto hacemos para Dios, sino de cuánto aprendemos a estar con Él y disfrutarlo. Y créanme: Cuando se sienten a tomar un

café con el Señor, y puedan sentir Su presencia, comprenderán que no se trata solo de un café...

*“Me mostrarás la senda de la vida;
En tu presencia hay plenitud de gozo;
Delicias a tu diestra para siempre.”*

Salmo 16:11



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Osvaldo Rebolledo



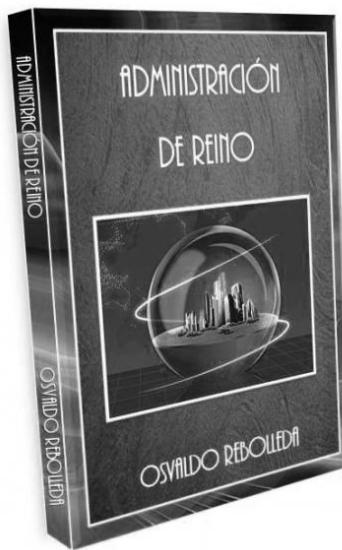
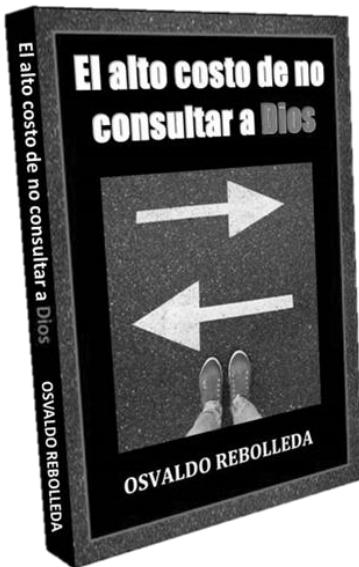
El Pastor y maestro Osvaldo Rebolledo hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Osvaldo Rebolledo es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**

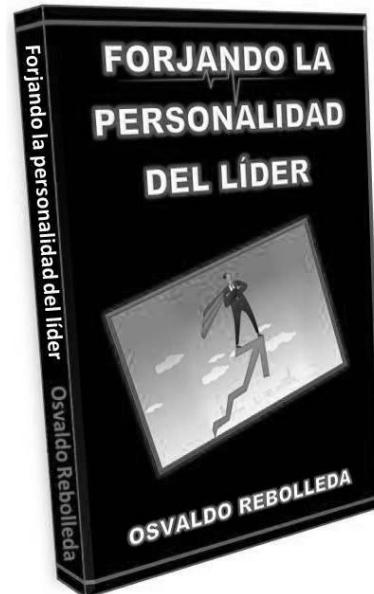
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolledo.com

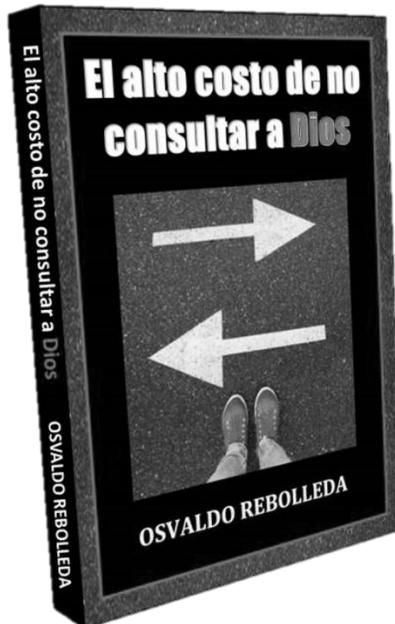


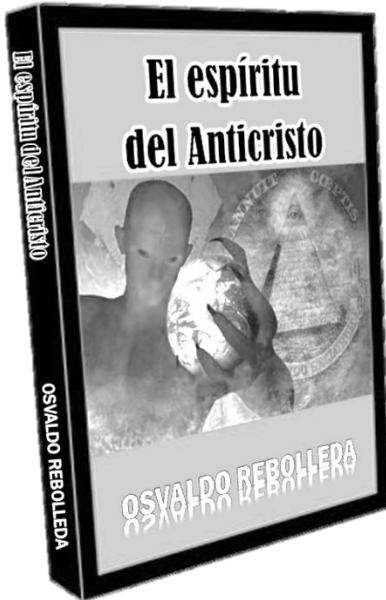
www.osvaldorebolleda.com



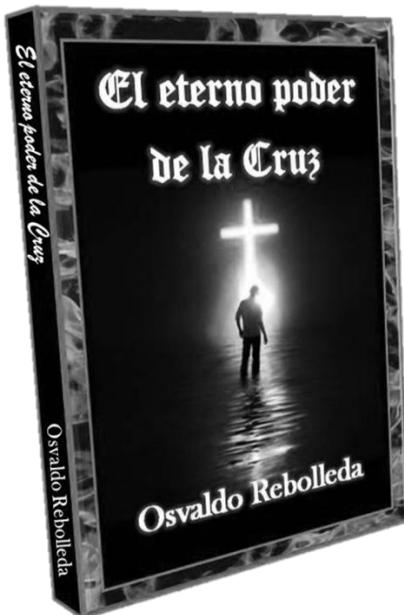
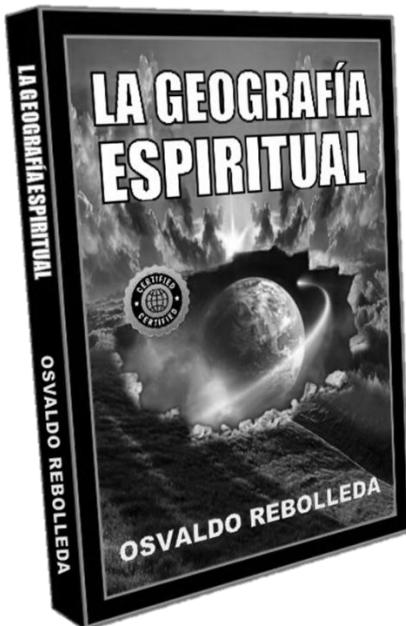


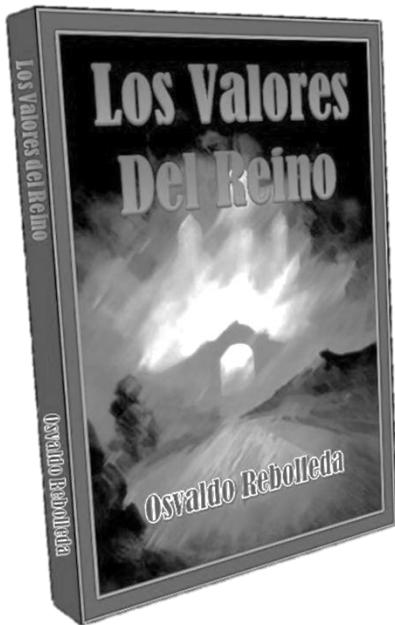
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

